

¡EL AUTOR ES UNA DAMA! : *STELLA*, DE EMMA DE LA BARRA

Lydia Pinkus

RESUMEN

En este artículo se presenta un estudio biográfico acerca de Emma de la Barra. A la vez, se realiza una comparación entre la vida de esta autora y la diégesis de su obra más difundida, *Stella*, con el fin de determinar una ruptura con el papel tradicional de la mujer en la sociedad argentina.

ABSTRACT

This article presents a biographical study about Emma de la Barra. At the same time, it compares author's life and her most diffused work's argument. In order to define a rupture in women's traditional role in Argentina's society.

1905. La joven ciudad de los Buenos Aires se despierta al son de los cascots sobre el empedrado: la policía montada hace su ronda. Pasan los coches de plaza y asoman las escobas en el vano de las puertas. Por las escaleras de los conventillos, convertidos en torres de Babel, se apresuran las mujeres ajustando el pañuelo a la cabeza. En la calle, espera el aguatero. Son los barrios de San Telmo o de la Boca. La aristocracia, mudada al barrio Norte después de la peste de 1871, duerme, y sus criadas, tras la reja de servicio, miran cómo el lechero baja sus botes metálicos del carro. Es la Avenida Alvear, a la moda de París, en donde bien entrada la mañana "las más bellísimas niñas y señoras porteñas" suben a sus carruajes. Hora del paseo por los bosques de Palermo. Van a exponerse -según un cronista de la época- a las "nubes de polvo y a los mosquitos hambrientos". Pero ¡qué remedio! Hay que hacerse ver, envidiar. El semanario "El Hogar", nacido apenas un año antes, abreva en esas fuentes y difunde en sus miles de ejemplares el estilo de vida hedónico de esos herederos de las tierras repartidas por Roca después de su campaña — o despojo — de los indios del desierto.

Dos de cada tres habitantes de la ciudad son extranjeros. Se consumen en el trabajo duro, se hacinan en las viviendas alrededor del puerto y siguen soñando con "hacer la América". Los que lo consiguen, con el tiempo van configurando una nueva clase, la clase media de los "gringos platudos". Los dueños de casa les cierran las puertas, preocupados por preservar la pureza del apellido criollo. Manuel Quintana es presidente. Se habla de democracia. Se vota. Pero no es un secreto para nadie cómo los comisarios y jueces de paz manipulan el voto optativo y esperan luego los cargos con los que serán recompensados por el presidente electo.

El proletariado se conforma a la par de los frecuentes estados de sitio para refrenar las huelgas obreras. Pero el Poder no puede impedir ese proceso continuo de transformación social que va a culminar en 1916 con la derrota de los conservadores y el triunfo del Partido Radical con Hipólito Irigoyen a la cabeza.

La transición entre el apogeo de la oligarquía al de la clase media es evidente en todos los ámbitos en aquel año de 1905. También en la literatura. De la nueva clase surgen escritores que van desluciendo el brillo de un Eduardo Wilde o un Miguel Cané y otros hombres del ochenta, poetas de la aristocracia. Se profesionaliza la escritura, aparecen los críticos y el público se amplía.

Y es en este panorama que una novela sorprende y sacude al mundo literario. Se llama *Stella* y su primera versión anónima alcanza en pocos días una vertiginosa difusión y notoriedad. "El frenesí del público era tal - recuerda un librero - que devoraba con no igualada rapidez hasta entonces, las pilas nutridas de ejemplares, hasta que un letrado adherido al escapate del afortunado editor, anunció triunfalmente: "Agotada la edición de mil ejemplares en tres días." La novela se reedita y el éxito se repite. Ahora va firmada por un tal César Duayén. ¿Pero quién es ese Duayén?, se preguntan colegas, críticos y público. Es tanta la curiosidad, que se ofrece un premio para quien descubra la identidad del ignoto escritor que permanece en la sombra. Se sospecha de un periodista y folletinista, Julio Llanos, porque ha tramitado la edición. Lo acosan hasta en su casa, en donde su mujer sonrío maliciosamente tras los cortinados. Pero Llanos no la delata. Por fin, Manuel Láinez, el director de "El Diario" devela el misterio.

"El autor de *Stella*", dice la nota, "una bella pesquisa literaria. El autor es una dama: la señora Emma de la Barra." Y así, De la Barra nace a la fama. Notas y notas se suceden informando del hecho a un Buenos Aires inquieto. ¿Una mujer ocupando el sitial reservado hasta entonces a los hombres? Mientras tanto, el libro se devora. Nueve ediciones de mil ejemplares cada una tan solo en dos meses. Traducciones múltiples con elogiosos prólogos, entre otros el de Edmundo D'Amicis para la edición italiana. Hecho único en la historia de la literatura argentina, se publica un aviso que pide paciencia a los lectores hasta la próxima reedición. En la espera, la gente se vuelve ansiosamente hacia los amigos más afortunados que confunden novela con circunstancias y protagonista con autora. ¿Bueno, pero de qué se trata? Es una bella historia de amor. No, refutan las jóvenes contestatarias, es la lucha de una mujer sola que se abre camino con su solo esfuerzo. Es un credo de fé y de esperanza. Y en las tertulias aristocráticas se multiplica el chismorreó. ¿No crees que Tal o Cual, Fulano o Mengano está pintadito en el tío o en el primo? Dicen que Bartolomé Mitre compró veinte ejemplares. ¡Eso es un abuso! ¿Y De la Barra quién es?

Su padre era Federico de la Barra, el periodista, el político, hace tiempo senador por Santa Fé. Son rosarinos. La madre no, Emilda González Fúnez descende de la rancia aristocracia cordobesa. Vinieron a Buenos Aires en 1874, cuando asumió la presidencia Nicolás Avellaneda. Emma tenía trece años. Era una niña muy achispada, acostumbrada a las reuniones literarias y políticas de su casa. Como Alejandra, la protagonista de su novela. En Buenos Aires, Federico es diputado. Emma estudia canto y música. Sus conciertos privados en lo de los Avellaneda y otros salones daban que hablar. Tenía una voz maravillosa, pero no le permitieron afrontar las tablas. No se hubiera visto bien en su condición social. Por otra parte, apenas salida de la adolescencia la casaron con su tío. ¿Tío carnal? Sí, el hermano de su padre. Emma duplicó su apellido y su fortuna. De la Barra de De la Barra se mudó a un palacete de

Avenida Alvear. Como cantar no podía, se consoló fundando la Sociedad Musical Santa Cecilia. Pero no lograba consumir toda su energía en las actividades mundanas y la subordinación hacia un marido que la doblaba en edad. Fundó la primera Escuela Profesional para mujeres y La Cruz Roja, junto con su parienta Elisa de Juárez Celman. Pasaron los años, el marido murió y Emma se encontró en sus cuarenta, sin hijos y con mucho para dar. Entonces invirtió todo su capital en la creación de un barrio para obreros. El emprendimiento fue un desastre y Emma tuvo que volver a casa de sus padres literalmente sin un peso. Pero entonces conoció a Julio Llanos y la depresión duró poco. Quiso escribir y él la alentó. Construyó una historia con las personas que había observado y a su protagonista le legó su búsqueda. Pero como Emma teme, se sustrae. El seudónimo masculino, en la tradición de Eliot, las Brontë, George Sand y muchas más, le permite vencer el miedo a la crítica parcial, al escándalo y a la propia consciencia. En su caso, el anonimato o el seudónimo que esconde a la mujer paradójicamente refuerza el nombre propio al descubrirse el misterio. Emma escribe. Y no en un género permitido a las mujeres como eran los artículos periodísticos o ensayos sobre educación. Escribe una novela; y no cualquier novela, sino una en donde muestra y critica las costumbres e ideas de la sociedad elitista que conoce bien.

Años después, ante la pregunta del periodista de "El Hogar", responde: "Hace un cuarto de siglo, las mujeres ocupábamos una posición especialísima dentro del ambiente social. No se concebía la posibilidad de que traspusiéramos los límites del hogar sin que se violaran los más elementales preceptos de su organización. ¿Cómo iba a atreverme a firmar una novela? ¡Qué esperanza! Era exponerme al ridículo y al comentario".

La novela comienza cuando la joven Alejandra y su pequeña hermana Stella arriban a Buenos Aires provenientes de Noruega. El padre, un científico de prestigio mundial pero pobre, ha muerto y, según su deseo, sus hijas van a vivir con el hermano de su mujer. La gobernanta recibe a las viajeras y, dado que el hall está lleno de invitados, las introduce por la puerta de servicio, subrayándose inicialmente la diferencia social de Alejandra y su familia argentina. Aparecen retrospectivamente los padres de Alejandra. Gustavo, un dechado de virtudes, de sabiduría y comprensión y Ana María, que parece representar el pasado real de la autora. Casada con el sabio explorador noruego siente por él "el mismo afecto paternal que por su hermano Luis"... Bien sabía que para aquel hombre sería ella siempre la niña mimada, el ser de gracia y seducción; que él no exigía, no deseaba ni esperaba de ella nada más ... una criatura de delicias, que no necesitaba esforzarse en aprender cosas que la hubieran acercado en espíritu más a él; que su gran indolencia, su inhabilidad para todos los pormenores de la vida práctica encontrarían eterna indulgencia" ... "A Ana María no le habían enseñado a pensar", concluye el narrador con cierta irritación. Sólo un "barniz muy leve de instrucción -un poco de geografía: la tierra es redonda; otro poco de historia: Colón descubrió América; tocar el piano y pintar sobre seda; ... pero aprender no es comprender". Como su autora, Ana María pierde su fortuna heredada en una mala inversión — que ha delegado por supuesto — y agotada después de su segundo parto, muere. Alejandra —o Alex —como la llaman todos subrayando su ambigüedad genérica— comprendió que "a falta de un hijo, debía serlo ella". Se entregó al estudio y "los libros austeros que leen los hombres fueron sus diversiones". Alex y Ana María son el antes y el después de Emma de la Barra. Entre ambas, un período de transición, de duelo, de indefensión y nostalgia por el amparo perdido. En la novela, ese lastre de formación es Stella, la pequeña inválida: "hasta las rodillas solamente había vida; la niña concluía allí".

Aunque de "un desarrollo mental casi inverosímil" necesita de los otros para moverse. "Todos la complacían" y "hacia ella convergían todas las miradas".

Poco después de su llegada, Alex resuelve "ganar su sitio y el de su hermana en la casa". Se encargará de la instrucción de todos sus primos. A pesar de las ideas progresistas de la autora, debe haber sido impensable poner a Alex a trabajar en el mundo exterior. (La mujer que ganaba un sueldo era despreciada por las clases altas al nivel de una prostituta.) Y aunque la tía sabe del ahorro que implica, el tío lo considera una distracción e incluso accede a que la sobrina se encargue de su contabilidad.

"La independencia de Alejandra", dice Francine Massiello, "y de sus crecientes recursos, introducen una nueva figura en la literatura argentina: la heroína instruída como tutor, so-cavando la representación de la mujer soltera que recibe un trato lamentable en los documentos sociales y en la literatura del período".

Luego, con la introducción del tío Máximo, comienza la intriga de amor al estilo Jane Austen. No faltan las primas celosas de la admiración que Alex despierta, los malos entendidos, los rumores que corren y ensucian el nombre de Alex. Porque he aquí que dos buenos partidos reservados a sus primas desvían la mirada hacia Alex. Incluso a Máximo le susurran: "Tú eres uno de sus blancos." ¿Por qué no?, sospecha él. "¿No era más rico y de más alto rango?..." Estaba convencido de que Alex aspiraba a ocupar una posición, de que "se trataba de un problema fríamente resuelto de antemano, que ahora, arrojada por la maldad de las otras a una situación sin espera, se jugaría por entero, exponiendo sobre el tapete su espíritu incomparable, sus hechizos de mujer. ¿Por qué si no", sigue preguntándose Máximo, "soportaba las humillaciones, las ofensas, en vez de irse a enseñar a los niños de una casa extraña?" El narrador le responde: "Olvidaba a Stella".

"Alejandra no tenía la fuerza, porque existía su hermana". Hay un momento de vacilación después de recibir un anónimo. Pero al fin Alex jura renunciar a su orgullo para que su querida enferma permanezca bajo un techo protector. Stella es un símbolo de la disfunción "natural" de la mujer. De lo que debe ser: modelo de abnegación, de resignación y prédica cristiana. Stella es la virtud pasiva que se recompensa con la seguridad. Stella es la dependencia contra la que lucha la protagonista. Porque curiosamente, si se piensa en que lo que suele reprimirse en aras de la aceptación es la fantasía subversiva o sexual, lo que Alex controla, depositándolo en su inválida, es su propio deseo de pasividad y de subordinación.

En la soledad de la estancia en la que se refugia con todos los niños, se encuentra con Máximo. Pasean. Hablan (demasiado). Se suceden largos párrafos didácticos y pomposos mediante los cuales Alex va disolviendo la duda y el cinismo de su tío.

Entretanto Stella enferma y muere, lo que permite a Alex liberarse de esos aspectos infantiles y de la debilidad encarnados en su hermana. Máximo escapa de la pena y del compromiso amoroso. A su regreso de Europa, varios meses después, encuentra a Alex preparándose para volver a su patria. Ha salvado de la ruina financiera a su tío, la criatura angélica ha volado a donde pertenecía, ya no tiene nada que la retenga. "Sí, Máximo", le dice, "Me voy a mi país ... he sido nombrada para dictar dos cátedras ... geografía y ciencias naturales".

Durante dos años, Máximo, ya consciente de su amor, "quiso ser alguien para merecerla. Bien sabía como Alex concebía al hombre". Se produce así un cambio interesante. No es la mujer quien, como dictan las normas, se modela para agradar al hombre, sino a la inversa. "Llegó a ser", continúa el narrador, "jefe y guía de la numerosa y selecta agrupación que

ayudaba con desinterés y patriotismo a su país". Cuando Alex vuelve para llevarse el cuerpo de su hermana, advierte cerca de la tumba un edificio construido por Máximo. Es un asilo de huérfanos y está esperándola para que lo dirija. Alex es feliz, quizás más por esta posibilidad de realización personal, que por el amor finalmente declarado y correspondido. Un final feliz compatible con el tono de la narración y la ideología de la autora. Porque, en otro plano, se podría pensar que la unión de Alex y Máximo representa el ideal de progreso para la Nación: la unión del inmigrante instruido y el hijo de la tierra; la cultura y la fortuna; el trabajo y el capital.

Emma de la Barra, como su heroína, siguió trabajando. Escribió *Mecha Iturbe*, cantidad de colaboraciones en revistas, un libro de lectura escolar y, desde Francia, crónicas de la guerra junto con Julio Llanos. En 1932, a los setenta y un años quedó viuda por segunda vez. Aún escribió otra novela, *Eleonora*, que se publicó en capítulos en "El Hogar". Aunque su producción posterior a *Stella* no obtuvo el mismo éxito de la crítica, continuó cautivando a sus fieles lectores. Murió a los ochenta y seis años y poco a poco fue cayendo en el olvido.

Sin embargo, *Stella* merece recordarse porque a pesar de sus deficiencias formales constituye un fresco de las costumbres e ideas de la vida argentina de comienzos de siglo. Porque sugirió un modelo alternativo para la mujer como productora en la sociedad. Porque con la creación de Alex, De la Barra dio un paso radical en la ficción imperante rechazando el papel subordinado de la mujer respecto del hombre. De la Barra supo hacerse un lugar en un mundo regido incuestionablemente por los varones, no sin antes desembarazarse de su propia Stella, "el ángel". Al fin y al cabo, como dijo Virginia Woolf, "matar al "ángel de la casa" es parte del trabajo de una mujer escritora".

Bibliografía

Armstrong, Nancy. 1991. *Deseo y ficción doméstica*. Feminismos Ed. Cátedra.

Bonet, Carmelo. 1953. *Stella y la sociedad porteña de principios de siglo*. Cursos y conferencias 44 Oct. dic.

Duayén, César. 1933. *Stella*. Ediciones Tor.

Masiello, Francine. 1997. *Entre civilización y barbarie*. Beatriz Viterbo Edit.

Oyuela, Calixto. 1943. *Mecha Iturbe en Estudios Literarios*. Tomo II. Academia Argentina de Letras, Buenos Aires.

Paz, Gilda. 1994. *Galería de mujeres célebres*. Corregidor.

Sosa de Newton, Lily. 1995. *Narradoras Argentinas 1852-1932*. Ed. Plus ultra.

1993. "César Duayén, una mujer que se adelantó a su tiempo". Todo es historia, número 311.

Viñas, David. 1974. *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Ed. Siglo XX.